

Teresa Rosenvinge

El Gineceo: el mundo femenino de Carmen Laforet

Cuando leí el libro que reúne la correspondencia que existió entre la escritora Carmen Laforet y Ramón J. Sender, me llamó la atención en especial un párrafo en el que hacía referencia a un proyecto literario que había titulado “El mundo del Gineceo” y que se quedó sin realizar, aunque sí que parece que Carmen Laforet trabajó bastante sobre él en sus últimos años de escritora. El párrafo dice así: “Quisiera escribir una novela (...) sobre un mundo que no se conoce más que por fuera porque no ha encontrado su lenguaje... El mundo del Gineceo (...) el mundo que domina secretamente la vida. Secretamente. Instintivamente, la mujer se adapta y organiza unas leyes inflexibles, hipócritas en muchas ocasiones para un dominio terrible...Las pobres escritoras no hemos contado nunca la verdad, aunque queramos. La literatura la inventó el varón y seguimos empleando el mismo enfoque para las cosas. Yo quisiera intentar una traición para dar algo de ese secreto, para que poco a poco vaya dejando de existir esa fuerza de dominio, y hombres y mujeres nos entendamos mejor”. En este texto se dan muchas claves para la comprensión de lo que fue su obra en el momento en el que la escribió y lo que significa ahora cuando ya tenemos una perspectiva histórica para analizarla.

Si nos situamos en Madrid, en la época en la que Carmen Laforet publicó el Premio Nadal, es decir en el año 45, nos situamos en un momento en el que España vivía bajo la dictadura franquista, en la más pura posguerra y en el año del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Unos tiempos bien difíciles caracterizados por la prohibición, la censura, la escasez en el sentido más pleno de la palabra y por el miedo. En esta circunstancia es en la que aparece, como una flor en un paisaje devastado, el libro de una jovencísima mujer que habla sobre esa posguerra, es decir, sobre una realidad inmediata, con una concreción y un estilo realmente nuevo. La novela contaba una realidad social que dejaba en entredicho la realidad española que se generó después de la guerra. Una realidad en la que cabían muchas miserias. Dentro de aquel ambiente claustrofóbico regentado por dos hermanos enfrentados, viven unas mujeres, entre ellas Andrea, la protagonista, que empiezan a diseñar el personalísimo mundo de Carmen Laforet, su “Gineceo”.

Pero ¿quién es Andrea? Andrea es una muchacha joven que llega a una gran ciudad en época de posguerra, sola, con una maleta llena de libros para matricularse en la universidad. Andrea es el primer personaje femenino de Carmen Laforet a los que se irán sumando otros igual de interesantes, igual de bien descritos, como Ena la amiga apasionada de Andrea, llena de ganas de vivir, o como Gloria, la mujer de su tío y maltratada por él, la causante del odio entre los dos hermanos, la mujer que se gana el pan en casas de juego o como los restantes personajes femeninos que comparten el piso de la calle Aribau. Personajes femeninos laforetianos que se verán ampliados con la creación de Marta Camino, la adolescente protagonista de “La isla y los demonios”, su cuñada celosa e histérica, sus tías refugiadas de una ciudad en guerra, la criada, viuda de un hombre fusilado y los otros muchos de “La isla y los demonios”, de “La mujer nueva” o de sus cuentos.

Tan bien retratados están los personajes de Carmen Laforet que crean prototipos bien definidos. Carmen Laforet en su obra habla sobre todo de las mujeres, aunque los hombres también forman parte de ella, lo que hacen las mujeres es en lo que centra su atención, lo que las mujeres viven y lo que piensan. Con una exposición clara y ordenada, con una escritura pulcra y bien estructurada, con un estilo sobre el que no ha pasado el tiempo, desarrolla unas tramas bien ensambladas sobre la sociedad en la que ella vivió y a veces sobre los sentimientos que ella misma tuvo.

¿Cuáles son los personajes femeninos prototípicos de Carmen Laforet? Pues son, además de Andrea o Marta Camino - mujeres jóvenes que luchan por su independencia y que son, en principio, observadoras de lo que pasa a su alrededor y también críticas- mujeres rebeldes, como Paulina de “La mujer nueva”, que ha estudiado Matemáticas, que vivió un amor apasionado con el que es su marido antes de la guerra, que tiene un hijo y un amante y se va de casa para poner en orden su conciencia, mujeres entregadas a sus familias, como las de “La muerta”, que sigue dando amor a los suyos, a pesar de no haberlo recibido cuando ya estaba enferma e iba a morir. Mujeres como Rosa, la protagonista de “El veraneo”, que sigue esperando que su hermano apruebe las oposiciones para ir ella a la universidad; mujeres que son pobres como Leonor, de “La fotografía”, que sólo tiene en el bolsillo lo suficiente para hacer un retrato de su hijo. Protagonista de la obra de Carmen Laforet es la niña fea que que sufre las burlas de sus compañeras como la “Lechucita”, o la secretaria de “El noviazgo” a la que el amor por su jefe se le ha convertido en odio. Son mujeres que han querido ser artistas como Rosamunda que viaja en un vagón de tercera de vuelta a casa, después de intentar triunfar como poeta en la ciudad, o como Gloria, de “Un matrimonio”, de la que se ha enamorado un estudiante con el que ha tenido un hijo, que fue prostituta y que vive en una casa miserable a las afueras de la ciudad. Mujeres inválidas que leen a San Juan de la Cruz (“El aguinaldo”), mujeres generosas como la beata Carolina de “La niña” que se ha casado con su cuñado y adoptado a sus siete hijos, madres solteras que guardan las páginas del diario de un marido desertor (“Última noche”), madres casadas que llevan por primera vez a sus hijas al colegio (“Al colegio”), mujeres viudas o separadas de sus maridos (“La fotografía”), mujeres modernas, con una fortísima personalidad como Ana Corsi de “La insolación”, mujeres extravagantes como Frufrú o mujeres trabajadoras como las criadas a las que tantas veces se refiere Carmen Laforet en su obra.

Para medir el valor exacto que tiene la obra de Carmen Laforet hay que recordar que fue escrita en la peor España posible, en un país maniatado donde las mujeres, solteras y casadas, eran ciudadanas de segunda a las que se les exigía obediencia, recato, sumisión, laboriosidad, etc.; mujeres de las que se dudaba cuando osaban traspasar la frontera entre el mundo de lo privado (la casa y la familia) y lo público, y a las que se quiso educar sólo para ser estupendas amas de casa, religiosas y poco más. Carmen Laforet demostró lo que las mujeres eran escribiendo sobre ellas. Mujeres de carne y hueso, mujeres reales con las que creó un extenso gineceo literario al que siempre se deberá acudir cuando alguien quiera saber cuál fue el papel de las mujeres durante el franquismo y cuál fue el papel que se les quiso dar.

